

Cultura y contexto de los gitanos en España¹

Teresa San Román
Catedrática de Antropología
Universidad Autónoma de Barcelona

Más de quinientos años de Historia compartida han producido adaptaciones muy diversas entre los gitanos españoles, al igual que entre los gitanos de todo el mundo, a pesar de que el desarraigo inicial, la diferencia cultural sostenida, la desvinculación de estructuras firmemente establecidas por estados sedentarios, el conflicto, el esfuerzo adaptativo y el rechazo, han acompañado esta historia común manteniendo una identidad fuertemente vivida aunque sin proyección política unitaria real, hasta el momento.

En España la muy inmensa mayoría de gitanos son calé, pero paulatinamente se han ido añadiendo pequeños grupos, numéricamente de escasa significación, de gitanos *rom* (húngaros para los calé) y de gitanos portugueses. Aún si nos centramos en los calé, las grandes diferencias en su seno responden más a trayectorias adaptativas distintas que a líneas nítidas de tradiciones culturales diversas, y esas trayectorias adaptativas tienen que ver, más que con ninguna otra cosa, con la existencia de amplios sectores de gitanos integrados, es decir, gitanos que están en situación de exhibir social, económica y políticamente su condición de ciudadanos plenos, condición a la que todos tienen derecho reconocido pero que sólo algunos pueden realmente ejercer.

Especialmente desde los últimos treinta años muchos gitanos han vivido un proceso integrador en el plano económico y, en especial, laboral y educativo, en su regulación jurídica, familiar y personal y en una incipiente articulación política en las estructuras del Estado y las Administraciones, a través de la creación de Asociaciones Gitanas y, en menor medida, de tímidos movimientos sociales, especialmente locales y vecinales. Esta articulación es uno de los problemas que se necesita resolver con prontitud. No es el único. La miseria de miles de gitanos o el racismo son problemas existenciales dramáticos. Pero el problema de la presencia cultural e identitaria de los gitanos está íntimamente relacionado a que logren la capacidad de defenderlas a través de una articulación institucional en la vida política del país. Hay gitanos que lo están intentando. Hay gitanos para todo, como payos para todo hay. Existe una gran masa de gitanos pobres sin posibilidad de anclaje social y económico, que padecen la marginación de todos y el racismo de muchos, hay, a veces conviviendo con ellos, excusándose tras ellos, gitanos menos pobres y menos marginados, vendedores de droga que a veces, incluso, llegan al barrio a la hora de abrir la barraca para volver después a su verdadero domicilio o que son, otras veces, el resultado de la miseria, del desprecio y de la falta de alternativas que les han quitado el valor de negarse a cambiar la marginación por la infamia del tráfico. Hay gitanos que realizan trabajos a temporadas, integrados o no, asalariados o no, con situaciones algo más desahogadas, intentando dar el empujón final que saque definitivamente a sus hijos del riesgo de lo infrahumano, y son gitanos que se acercan progresivamente a las asociaciones, al movimiento Aleluya o a cualquier indicio de existencia de una plataforma de integración cívica. Hay gitanos plenamente ciudadanos, aquellos que no sólo tienen reconocido su estatuto de ciudadanos

sino que además lo pueden activar y disfrutan de él. Muchos de ellos han llegado a través del esfuerzo de sus padres veinte años atrás, por medio de un empleo estable, a un pequeño comercio o una carrera universitaria. Otros han realizado su proceso de integración a través de su incorporación a puestos de responsabilidad en las asociaciones o en el culto Aleluya. El pentecostalismo gitano, sin poder político alguno, extraordinariamente arraigado en la base de todos los contextos, luchador infatigable contra las drogas y la violencia, selecciona ciertas características gitanas y sepulta otras, como todos hacemos al proponer una nueva forma de adaptación. Se opone en estructura, objetivos y procedimientos a las asociaciones gitanas, que tienen una escasa implantación en las bases y que están estrechamente vinculadas y sostenidas, en su mayoría, por las administraciones, y felizmente empeñadas en hacerse oír como gitanos en la sociedad en la que viven. Ambos movimientos, étnicamente militantes y unitarios. Ambos, moldeando y orientando de forma diversa la gitaneidad y su articulación sociopolítica, si se quiere, el incipiente nacionalismo gitano. Los dos suponen, de manera radicalmente distinta, un nuevo impulso para una identidad renovada. El contexto de su presencia ha sido el de una sociedad que, al decirse democrática, tiene necesariamente que permitir las diferencias culturales y tiene que otorgarles voz. Algunos gitanos acomodados e integrados, por medio de las asociaciones y muchos gitanos de base, por medio del pentecostalismo, han coincidido en un solo punto: intentar resolver, en este momento histórico, un conflicto secular, el de su ciudadanía y su diferencia. Y por ello se encuentran con un solo e igual instrumento: la disgregada y fragmentaria realidad del pueblo gitano. Hay, sin embargo, un número muy nutrido de gitanos bien preparados para cualquier tipo de debate y cualquier clase de actividad que se mantiene sumergido y expectante. Son sobre todo profesionales, titulados universitarios y comerciantes que suponen un potencial aún latente pero vigilante. Tendrían que salir, tendrían que emerger, porque los necesitan los más pobres para su defensa y las organizaciones gitanas para su desarrollo. Hay dos campos, a mi manera de ver, que son los dos soportes de una política gitana futura: el de una política social que quiebre las trabas que el racismo, la antipatía (muchas veces mutua) y la cicatería que las múltiples administraciones ponen a la creación de alternativas reales para todos los marginados y pobres, muchísimos de ellos, gitanos. El otro, el soporte de una vinculación netamente política que haya oír la voz de los gitanos en el contexto de las varias identidades que componen el Estado Español. Son dos tareas que requieren diferentes planteamientos y distintas preparaciones y capacidades. Pero las dos se necesitan y en este ancho país hay gitanos de muy diferentes características que pueden acometerlas y payos dispuestos a trabajar con ellos.

La cultura

Hasta aquí, el contexto actual. Parecería imposible hablar de la cultura de los gitanos sin hablar de lo que ellos son en este momento. La cultura no es una entelequia ni un adorno, es el plan para la vida de un pueblo, el proyecto que un pueblo traza de su vida. En medio de tal variedad, parece casi imposible señalar qué aceptarían los gitanos como el núcleo de su cultura. No soy yo quien puede decirlo. Sólo me está permitido decir lo que yo creo que es ese núcleo en este país y en este momento desde una proyección histórica, pero no necesariamente todos los gitanos van a identificarse con ello.

Diría que desde el punto de vista cultural, hay ciertos rasgos, ciertas formas organizativas y ciertas estrategias que parecen constituir un núcleo duro cultural, relativamente estable en el tiempo y en su extensión, aunque se acomode y se concrete de diversas formas en cada momento y coyuntura:

1. La prehemencia de la relación entre un hombre y su padre en la organización de la vida social.
2. La autoridad masculina.
3. La preferencia por casarse con parientes, de la propia comunidad o fuera de ella.
4. La marcada tendencia, que subsiste, a que fueran las mujeres las que abandonaran su hogar al contraer matrimonio y marcharan a reunirse con su marido, cerca de sus suegros y cuñados.
5. El interés por la virginidad de la moza y la fidelidad de la casada.
6. La aceptación del divorcio y las segundas nupcias, aunque a veces con reticencias.
7. La autoridad y la prehemencia de los hombres de edad.
8. El logro de la madurez plena social a partir del nacimiento del primer hijo.
9. El recurso a los consejos de familia para asentar disputas internas a ella, y el acuerdo entre hombres de respeto y la división del territorio cuando se trataba de enfrentamientos serios entre grupos distintos.
10. La existencia de una lengua, a pesar de que se haya perdido una buena parte de ella.
11. La conformación de una identidad resistente y conceptual e históricamente construida frente al payo.

La identidad

En cuanto a la identidad, voy a tratarla sólo al nivel de los fenómenos sociales que me interesa ahora para hablar de integración, y dejo, ahora y siempre, a los psicólogos que realicen su tarea correspondiente desde paradigmas disciplinarios adecuados para iluminar otros aspectos del fenómeno.

Lo que me sigue interesando señalar es que en ningún caso debe confundirse cultura con identidad. La identidad es un proceso de reconocimiento y autorreconocimiento por oposición entre un "yo" y un "tú" socioculturales diferentes y también de un proceso de identificación codificado en un prejuicio y sus estereotipos étnicos. Pero la base histórica y sociocultural que ha propiciado ese doble proceso es el de una oposición de intereses y posiciones, formas de vida, alianzas y enfrentamientos políticos, adaptaciones competitivas, procesos de exclusión y adaptaciones marginales, y no significa, por tanto, "oposición", lucha ni enfrentamiento necesario, aunque pueda haberlo y lo haya habido.

En este sentido, las diferencias culturales iniciales, pero muchísimo más las distintas condiciones económicas y políticas y los procesos de acomodación a ellas, han sustentado el afianzamiento de una identidad étnica potente. Sin embargo, esa identidad, como todas, sólo toma de la cultura aquellos rasgos que le son más apropiados para representarse a sí misma. Es decir: tan cultura es en los gitanos el llevar camisa como el caló, sin embargo el caló representa adecuadamente la diferencia, la oposición identitaria, mientras que el llevar camisa, no. Los símbolos étnicos son la cultura emblemática o, lo que es lo mismo, aquellos aspectos de la cultura que se seleccionan para representar adecuadamente la exclusividad de la propia identidad y la pertenencia, frente aquella ante la que históricamente nos hemos opuesto.

Estrategias

Junto a estos rasgos centrales de la cultura, informados, alguno de ellos, desde hace siglos, existían también estrategias culturales del ámbito económico-político, que pienso que constituyen el armazón/ bastidor de las distintas tradiciones de los gitanos, y que siguen hoy informando la adaptación histórica de muchos de ellos, especialmente de aquellos que han quedado relegados a las situaciones más problemáticas y cerradas, sean o no los más pobres. Bajo mi punto de vista, el de la focalización en el proceso de integración identitaria, señalaría cuatro estrategias culturales básicas que adquieren en la práctica una basta multiplicidad de formas y aplicaciones:

1. Una estrategia cultural productiva que combina y/o alterna distintas ocupaciones para los mismos individuos y grupos de personas, para lo cual se exige una capacitación múltiple y consecuentemente poco especializada.

2. Una estrategia cultural productiva que combina y/o alterna actividades integradas, marginales y a veces ilegales o delictivas en función de las alternativas disponibles en cada momento y lugar, de manera que se recurre a las últimas cuando están cerradas o son muy improductivas las primeras.

El tomar una u otra de estas alternativas se valora constantemente en la comparación por su rentabilidad, su riesgo y, a igualdad de condiciones, por su compatibilidad con otras exigencias culturales. Estas exigencias serían autonomía en el trabajo, cooperación, ajuste de la producción a las demandas a corto plazo del grupo doméstico, productividad también a corto plazo, etc.

3. Una estrategia cultural productiva y organizativa que combina y/o alterna posibilidades locales y translocales, de manera que exige movimiento y asentamiento para actividades y periodos distintos. De alguna forma, hay cierta contradicción inherente a la compatibilidad de estas estrategias, en la medida en que la elección posible entre la fijación y la movilidad permite y estimula la alternativa y combinación de actividades productivas, mientras que la movilidad, a su vez, produce un estímulo al desarraigo, dificultando por tanto la adaptación de medidas más sedentarias. Esto podría explicar, al menos parcialmente, el distinto ritmo de sedentarización de grupos en diferentes áreas periféricas de las ciudades.

Una estrategia de relación y reacción entre el poder mayoritario, que combina la autonomía insumisa de pequeños grupos de parientes solidarios, grupos fluidos y capaces de aumentar o disminuir su número, sus dimensiones, junto con una estrategia camaleónica de adaptación de estructuras e instituciones que permiten las relaciones con al menos algunos sectores del poder en condiciones de mayor igualdad. Esto toma cuerpo de forma homóloga tanto en los condes y duques del XV, como en los gremios posteriores y como en las asociaciones del franquismo tardío y el postfranquismo y el esbozo nacionalista actual.

Algunos procesos de integración social, de adquisición práctica y desempeño del estatuto cívico, han relegado a un segundo plano en la práctica estas estrategias, pero aún en estos casos, se conocen y se comprende su dinámica, de manera que sigue siendo no sólo un recurso cultural en la práctica social de muchos gitanos, sino parte del patrimonio cultural de muchos otros.

Conclusiones

Y por fin, qué decir ahora, al final, de esas dos cuestiones clave, la de la pervivencia étnica, identitaria, y la de la integración social efectiva como substrato problemático de cualquier

modelo de política cultural y social. En este punto, más que en ningún otro, interviene más dosis de opción personal, ética y política, de lo que sería irremediable a la investigación social. Y en esto no debemos engañarnos y no seré yo quien lo intente. En conclusión y consecuentemente, desde una perspectiva más enteramente personal, diría cosas como:

1. Los gitanos tienen derecho a mantener todo aquello de su cultura que les parezca conveniente. Pero no todos los grupos parecen estar dispuestos a mantener exactamente las mismas cosas. No estamos de acuerdo en todos los rasgos culturales gitanos ni payos y deberíamos aclarar cuáles son los límites que vamos a poner a la tolerancia, negociando entonces los rasgos conflictivos de unos y otros.

2. Los gitanos tienen derecho a cambiar su cultura, tienen derecho a la autocrítica y al desarrollo adaptativo e histórico de sus formas organizativas, igual que hacemos los demás con las nuestras.

3. No existe razón alguna para temer que los procesos de integración social (entendida como adquisición activa tanto legal como real en su estatuto cívico como ciudadanos del Estado Español), no hay por qué temer que esos distintos procesos de integración social vayan a destruir la identidad de los gitanos, porque no ha sido así en los casos que conocemos, por mucho que requieran adaptaciones culturales, cosa que han hecho constantemente a lo largo de la historia. Puede que en alguna circunstancia, tanto marginal como integrada, deseen abandonar su identidad. Yo no conozco ningún caso, pero podría existir. Y creo que tendría derecho también a hacerlo. Pero no hay por qué temer que pierdan su identidad por ser ciudadanos de hecho y derecho ni hay por qué desear que la pierdan.

4. Es necesario examinar con lupa una nueva y posible alternativa como es la venta de droga. Está destruyendo a los que se enganchan, está creando una reacción de rechazo en la sociedad y, además, está alimentando el racismo, deteriorando injustamente una imagen que afecta a todos los gitanos del país porque en muchas ocasiones se aplica de forma indiscriminada, generalista y prejuiciosa.

La única forma posible de evitarlo no es negar su existencia, cuando existe, sino posibilitar otras formas de ganarse la vida, implementar prácticamente los derechos cívicos que tienen de jure, coordinar de una manera real el desarrollo de las medidas y de las actividades para lograrlo, apoyar a las escasísimas entidades y movimientos sociales gitanos que pretenden una integración étnica sin asimilación.

Pero la consideración de ese tipo de delincuencia, que es la venta de droga, no puede concebirse como simple persecución y acoso al camello. Existe producción de droga con condicionamientos que habría que resolver, transformación de droga, distribución de droga, beneficio de la droga y tipos diferentes de consumo de droga y no es claro que todos haya que perseguirlos por completo. No es en absoluto un tema que conozca y no quisiera meterme en camisa de once varas. A riesgo de pecar de ingenua, sospecho que habrá que considerar todo ello y no sólo a los camellos, aún menos a aquellos camellos que son gitanos. Aún menos a los gitanos por si son camellos.

5. También quiero indicar que la situación de las minorías pobres y marginales de un país obliga a considerar la situación global de las relaciones interétnicas entre la mayoría y las minorías, en su conjunto y una por una, y entre las propias minorías. Y es una tarea urgente lograr dos objetivos:

Uno, que se tome conciencia de que se está desatendiendo a los gitanos más que nunca, tanto por las administraciones, en especial las locales, como por las ONGs o por la propia

creación de opinión. No se trata de cortar alternativas a los otros colectivos minoritarios sino de dárselas también a los gitanos, porque se les está negando.

Otro objetivo es lograr la consciencia de que son muchos los problemas comunes que hay entre todos ellos, payos pobres, gitanos, senegaleses, gambianos, peruanos o marroquíes, y es que es necesario un esfuerzo de solidaridad que sólo puede redundar en una fuerza mayor, en una mayor capacidad para intentar resolver los problemas de cada uno.

6. Por último, una reflexión más, propuesta tanto a los responsables de las distintas administraciones como a gitanos implicados en el movimiento asociativo: es necesario que las asociaciones, o al menos algunas de ellas, reciban apoyo económico, estratégico y logístico por parte de la Administración para poder desarrollar su función básica, la que sólo los gitanos pueden llevar a cabo, la que incumbe a la defensa de su identidad, rehabilitación de su imagen pública y desarrollo de su cultura. Esta tarea es una tarea eminentemente política en una sociedad democrática como ésta, que contempla la defensa de las diferencias étnicas en el marco del desarrollo constitucional. Los gitanos de esas asociaciones deben ser considerados en su calidad de militantes de su política étnica, les guste o no a los payos, porque el no gustarles tiene más que ver con el prejuicio que con ningún otro criterio justificable. Esta consideración tendría que venir acompañada por una democratización de las estructuras de las propias asociaciones gitanas y un acercamiento paulatino a la representatividad. Sé muy bien las dificultades que esto entraña y sé también que existen estructuras de autoridad propias de los gitanos que tendrían que coordinarse de alguna forma con las de las asociaciones, si éstas pretenden realmente conseguir implantación y representatividad. Pero es necesario al menos un programa inicial cuando no existe ni tan siquiera una declaración de intenciones.

Y de la misma forma, es exigible a las administraciones que de una vez por todas se responsabilicen de programas concretos, con líneas claras de actuación y filosofía de principios y prioridades subyacentes a todos ellos, de manera que pueda articularse una política social y económica que termine con la vergüenza de la marginación masiva de miles de españoles gitanos. Una política clara y seguramente cara, pero necesaria, que produzca proyectos de integración no-asimilacionista realizados por gitanos y payos unidos por el hecho de ser competentes en aquello que hay que hacer. Una política de apertura y reconciliación, de educación en la diversidad, de formación competente para la vida en la sociedad española de hoy, de destrucción de las trabas y barreras, de apertura inteligente e imaginativa de alternativas nuevas para quienes más difícilmente pueden valerse en el difícil mundo en que nos ha tocado vivir, una política en la que cada parte asuma su responsabilidad y se le exija, en la que cada parte se abra a la exigencia de responsabilidad.

Soy tan sólo una profesora de universidad y quizá no me tocaría a mi decir lo que ahora estoy diciendo. Pero soy igualmente una ciudadana de este país que sabe que el momento para solucionar lo insostenible es siempre el momento presente.

1 Hay algunos párrafos en este texto que están tomados de La diferencia inquietante, Ed. Siglo XXI, de la misma autora.